

EL ADIOS

La muerte tantas veces invocada vino a presentarse aquella noche, una oleada de vértigo me azotó de pronto y abandonando un sueño sin principio abrí los ojos y allí estaba ella apenas como un reflejo invisible, plateada, poderosa, de mágica belleza.

Su pupila amarillenta clavada en mi insignificante destino, sus delgados dedos acariciándome el rostro y su largo pelo blanco abrigándome. Quise casi con ansia enfermiza abrazarla, pero entonces se apartó, ¡No me dejes! - Grité en mitad de una oscuridad ahogada en pánico- Te lo suplico, ¡llévame! "Sólo cuando el final de esta noche cierre tus ojos y el nacer del nuevo crepúsculo quiebre tus oídos, formarás parte de la nada y yo te dormiré para siempre en mis entrañas. Tienes hasta entonces para despedirte"- respondió la muerte-

Un sudor frío recorrió entonces mi cuerpo y quizás porque la lluvia humedece el dolor tuve la necesidad de explicar el por qué de mi dolor.

Miré a mi derecha, el día de mi boda, es verdad había estado casada... aún lo estaba,

De aquel día sólo recuerdo que pasada la ceremonia, desde la ventana del coche de bodas mi mirada se desvió hacia las blancas paredes de mi nuevo hogar, una casita preciosa, sencilla, iluminada bajo el joven sol de la tarde, cristalina... como las lágrimas que nunca cesaron en mi interior. Los pájaros cantaron entonces alegres, despreocupados... sobre el gran manzano de la entrada, un suave juego de colores y armonía formaban el espléndido jardín que mis pies al bajar del coche pisaron y mi cuerpo no pudo más que dejar escapar una débil sonrisa al observar la cara radiante de aquel hombre deseoso de complacerme, aquellos ojos brillantes, emocionados al tenerme cerca sin ser capaz de comprender que nunca sería suya... mi alma se fue cerrando a medida que avanzaba entre tanta belleza que sólo estaba allí para mí. Un camino de mármol blanco atravesaba aquellos patios rodeados de espesa vegetación, sólo interrumpida en su parte central para dejar espacio a una monumental fuente, al más puro estilo árabe, que bien hubiera podido ser modelo de elegancia y señorío. Luego la casa, indescriptible bajo la mirada de cualquier soñador, digna de cuentos de hadas, toda ella en sí perfecta, de habitaciones amplias, alegres... lujo y blancura se derrochaban por cada rincón y mis ojos vagaban de un extremo a otro sin ver nada, mientras mi fiel esposo se dejaba la vida en cada explicación, en cada detalle, buscando tan solo un mínimo de interés o de sorpresa por mi parte hasta que al fin se complació con lo que le pareció un suspiro, pero que no

fue más que una punzada de dolor en mi costado y es que realmente deseaba ser feliz en aquel lugar, junto a aquel hombre; pero eso nunca podría ser, mi alma no se contentaba con aquello.

Recuerdo que llegó la noche, esa noche de bodas que suele ser especial y feliz, para mí no fue más que un suplicio. Es cierto que me arreglé como para recibir a un príncipe y me entregué a sus besos sin resistencia...me dejé llevar por la pasión de aquel hombre, quizás mi cuerpo disfrutó pero yo no pude percibirlo, mi mirada permaneció clavada en el techo, viendo como mi inocencia se iba junto al recuerdo de algo que no había conocido. No sé cuanto tiempo duró, pero mi pobre marido sólo pudo recibir de mi parte una fría sonrisa que distaba mucho de ser real y que mantuve hasta que su cuerpo sudoroso no aguantó más. Amaneció, sentí su beso de despedida en mi frente, se iba a trabajar y ya no sé si volvió, debió hacerlo porque allí estaba ahora, durmiendo a mi lado, sin ser capaz de imaginar que sería la última vez que reposaría a su lado, nunca más me vería, yo tampoco a él, pero no me importaba...Quise poder echarle de menos, derramar una lágrima, tener una palabra de despedida... era el hombre con el que había compartido mi vida y no tenía nada que decirle, no lo conocía como tampoco conocía a la niña que visité esa noche, era mi hija y nunca la había acariciado, no sabía su nombre ni recordaba haber hecho algo junto a ella, crecía sin madre pero no me dio pena pues para mí era una extraña, no la quería, jamás lo había hecho como tampoco a su padre.

Así fui deambulando por esa casa intentando encontrar algo que me importase, busqué mi risa en cada rincón, pero nada todo me era indiferente, realmente me dio igual y casi sentí alivio al comprobar que no había nada que me retuviese. Y es que nací libre y debía morir libre. Así que corrí, corrí por aquel pasillo de entonces, largo y oscuro, que era mi vida se me aparecía ahora pequeña, distante, lejana...casi tanto como mi felicidad que se había esfumado junto a ella hacía mucho, dejando tan solo una imagen nublada, dispersa que sentía como puñaladas sobre mi cuerpo.

Una voz triste y apagada, que dijo ser mi conciencia, intentó algo que ya no podía ser: que parase, que pensase... La miré, irónica, y reí, reí con la risa de una loca, "Tú ya no harás nada -contesté con un audible susurro- y continué corriendo.

Cuando salí al exterior un bofetón de aire helado cruzó mi rostro, era una noche fría, muy fría y gris; suaves goterones de agua cubrían la calzada, la acera, los coches... y los rostros de aquellas personas, tan diferentes ahora. El viento soplaba con furia arrastrando paraguas, flores y sueños que ya no harían falta...

El miedo transportó mi grito, aullido que chocó con el silbido de la ciudad que fue extinguiéndose poco a poco hasta perderse.

Los oídos del mundo se cerraron y el silencio lo invadió todo, silencio que hizo posible el dolor hasta entonces camuflado.

Miradas perdidas atravesaron calles en silencio, había demasiado que decir...

Abandoné mi casa, huí de mi gente, no tenía adonde ir, no pensé en nada... farolas a mi paso se torcieron, los semáforos perdieron su color, el asfalto por cuya carretera arrastraba mi cuerpo, quemaba.

Pero la ciudad que aparecía ante mí ya no me asombraba, la gente se movía de un lado a otro como deseosas de llegar a algún lugar, pero sin saber adonde; no había brillo en sus ojos, sus labios estaban rajados, sus manos blancas y gélidas como la nieve, gesticulaban lenta, muy lentamente pero las palabras no alcanzaban oído alguno, flotaban inseguras unos instantes en el espeso aire, hasta que solas se desvanecían. Mis pies doloridos llegaron a un campo de pinos con copas verdes, cielo rojizo y arena negra. Podría decirse que no había luna, pues solo media galleta oscurecía en lo alto... y al fin, paré, me deje caer al amparo de un tronco seco; temblé de frío, de hambre y de sed. Quizás si el tiempo no se hubiera detenido hubieran pasado semanas, meses e incluso años pero las agujas de mi reloj, ahora eternamente joven no habían corrido...

De pronto, mi corazón comenzó a latir, tan débil, que no llegó apenas sangre a mis venas... Me faltó el aire pero nadie lo notó, ya nada para mí importó. Nadie ni nada había... solo lágrimas mojando mi cara y recorriendo mi cuerpo. Palabras brotaron solas desde mi alma y ellas no me dejaron parar. El dolor fatigó mi mente y lloré, lloré por amor, porque lo confundí con la melancolía que me inspiró la libertad, porque floté y malviví dentro de mí nada más, nadie más.

Cerré los ojos, los abrí, vi lo mismo, infierno, soledad, martirio, pena... entonces una nube púrpura tapó la luna. Un árbol reseco, negro, carente de hojas, poblado de ramas... brilló, brilló con un brillo puro que iluminó la noche y una voz ronca, muerta me atrajo, sentí deseo, dolor y dulzura, odié, quise matar, hundir un cuchillo, perforar mis venas... Penetré en la tierra y juré el olvido hasta que la noche y el día se mezclaron, comprendí la nada y amé el todo. Así el alba me sorprendió semidesnuda, perdida en la arena... desnutrida bebí de aquel árbol.

Cuando quise darme cuenta una luz temblorosa había comenzado a caer sobre el mundo. Una lluvia menuda mojaba mi pelo negro y empañaba mis ojos de aceituna, tan solo me acompañaba mi sombra, esbelta, radiante, oscura... Estaba sola, sola en el olvido que me había negado la vida, pero no me dolía, no experimenté pena o nostalgia alguna ni un solo trueno se hizo aparecer en el negro cielo, no hacía falta la tierra ya tronaba por sí misma.

Mi hora se acercaba, lo sabía y una rabia insoportable me invadió, tenía que buscar algo que creía sentir pero que aún no llegaba a entender.

Sin saber cómo ni en qué momento me encontré atravesando una clara playa. A lo lejos una nube de arena blanca giraba en círculos, jugando así con un viento cálido, suaves destellos rosáceos se derramaban sobre una mar tranquila, serena, sabia desde el comienzo del mundo, testigo de mi miedo... frené, quizás y recordé cosas que no llegué a conocer añorando algo que nunca había deseado. Tiré palabras sin sentido en la profundidad de aquella agua, volviéndola talvez plateada y ésta me devolvió con sonrisas que ya habían sido enterradas. Quise reír, pero ya era tarde... lo había olvidado.

"Ya no soy nadie, pero algún día lo fui", dije sin palabras, pues no quería que se las llevara el viento robándome así lo último que me quedaba.

La mar me echó con un soplo de venganza, me sentí atada. Miles de mariposas se apoderaron de mi cuerpo cuando topé con aquel niño, no dijo nada, no se acercó, ni siquiera me miró, pero allí estaba, a decir verdad, siempre había estado, pero no supe verlo como tampoco ahora pude hablarle. Pero con él sentí volar mi mente y maldije el día en que confundí la libertad con el dolor y la felicidad con la soledad. Grité por cuanto antes había callado, aún sabiendo mi error. Pero no me arrepentí, pues ¿cuántas veces antes de la última huí? muchas, demasiadas quizás, siempre tuve miedo a sentir, pánico a sonreír... pero era inútil plantearse aquello, cuando tanto había implorado la muerte y ahora ella por fin me aceptaba. Ya ni podía, ni quería dar marcha atrás, para mí ya no había tiempo, mi reloj había empezado a correr hacía días, con una velocidad asombrosa y los años cayeron sobre mí de golpe como sacos de arena al agua. Ya era vieja ¿cuándo me habían salido las arrugas?, ¿cuándo mi pelo había empezado a blanquear?

Regresé a mi hogar, aún dormían, mejor así, pensé.

Caminé hasta el lugar más alto del jardín, una especie de colina situada detrás de la casa, donde solía pasarme las horas muertas que formaban mi vida. Allí estaba mi descolorida mecedora, me acerqué y sin mirar atrás tomé asiento y esperé a la muerte que se retrasaba... siendo consciente que cuando el día devorara a la noche, yo volaría con las sombras, con el único sentir del roce de las nubes que me cubrían, que como damas cuidaban de los pajarillos, musiquero constante que consiguió arrancar una débil pero sincera sonrisa de mis finos labios tan desgastados ya por el paso del tiempo y del dolor y es que mi piel arrugada y mis ojos aceitunas habían visto demasiado, pero no tanto como mi alma, no de la manera que mi corazón reseco.

El celeste del cielo iba haciendo brillar las montañas, a la vez que un suave cosquilleo me recordaba que la hora ya estaba próxima. El chasquido de un río lejano abandonaba mis ya vagos recuerdos del ayer, pero no los eché en falta pues ninguno llegó nunca a ser agradable o ni tan siquiera

soportable y es que el sufrimiento marcó mi vida o lo que quedó de ella después de aquel fatídico día en el que el tictac del tiempo se paró para mí y hoy muero con el dulce sentimiento del abandono y con una caricia de brisa, los árboles tiemblan, y el primer rayo de sol despunta al alba mientras mi envejecido cuerpo se alza deshaciéndose en un frío viento incapaz de albergar mi maldita esencia.

Cinco años después de aquel negro amanecer, una muchacha de apenas veinte años no se paró en la parada de autobús de todos los días, llevaba una maleta de más, grande, antigua, marrón... el pelo revuelto, vergüenza en su mirada, pálida sonrisa y lágrimas estancadas en sus ojos anunciaban que huía. Su padre hacía días que había muerto de tristeza y su madre fue cinco años atrás titular de todos los periódicos locales, pero su caso de muerte quedó archivado como un recuerdo olvidado en una sección cualquiera de una polvorienta comisaría de policía.

El humo de un cigarrillo sin sabor, dirigía el baile de las diminutas gotas de abandono que se deslizaban sobre la ventanilla de un autobús sin rumbo. Cuando descubrió en uno de los bolsillos de la maleta esta carta desesperada, angustiada de su madre, en la que le daba sin saberlo la lección más importante de su vida, "como no debía vivirla".

El autobús paró a la entrada de una cafetería y diez minutos más tarde partía de nuevo. Mientras ella sentada en la mesa más alejada lo observaba perderse entre el laberinto de carreteras, sabiendo que se llevaba su maleta, sus papeles, el rencor y el horror de una vida, que no estaba dispuesta a llevar, pero que había estado a punto. Pidió un café mientras se prometía que sería feliz, por su madre, por su padre, por ella misma...

Y el seco portazo de una puerta recordó lo que fue el tiempo una vez detenido...

**Ana Isabel Fortes Ponce. 15 años.
HUELVA**